

## **Aguadulce pajonal neblinar analaguna turbera frailejón líquenoso humano**

Los páramos, para muchos de nosotros, son sinónimo de agua dulce, de resistencia al calentamiento global, de adaptación a condiciones extremas: noches heladas, días calurosos, precipitaciones constantes, humedad, baja presión atmosférica. Cuando pensamos en los páramos pensamos en la vida como agua, diversidad y cadena trófica. Tal vez nos vengan a la mente, por asociación, nombres de países como Colombia, Venezuela, Ecuador. Quizás también Perú, Kenia o Costa Rica, pero no muchos más. El ecosistema de páramo es realmente escaso en el planeta. Para existir, requiere condiciones muy particulares, especialmente en lo que respecta a la altitud y la latitud.

Pensar el páramo es tener en cuenta, igualmente, a los humanos que lo habitan. Algunos de ellos fueron empujados montaña arriba, desplazados de las tierras planas que habitaron por siglos, como fue el caso de los pueblos Misak del Cauca o de los cuatro pueblos que hoy habitan la Sierra Nevada de Santa Marta. Hoy, las más diversas razones - económicas, políticas, de violencia-, presionan a otras poblaciones a subir la montaña, a colonizar territorios que, a ojos del extractivismo, se están desperdiciando. Los páramos se ven desplazados por cultivos de papa. La ganadería le va “ganando” terreno. El retamo espinoso es otro colonizador, que, adaptado al frío, también sube, sube y empuja. Con el cambio climático y el calentamiento global, seres propios de otros ecosistemas, prueban suerte y comienzan a colonizar.

Y allí está el páramo, con su enorme agencia. El agua escurre, penetra, se acumula, gotea, se resbala, circula, suena. Su biodiversidad, altamente endémica es notable, teniendo en cuenta la altitud. Allí se convive, se dispersa, se multiplica. Conecta el cielo con la tierra, el llano con la montaña y la montaña con la ciudad.

Lo que hace el páramo lo hace con lentitud, eso sí. Sus procesos metabólicos son pausados, lento el crecimiento, lenta la descomposición.

En este momento, en el que habitamos un planeta herido, el páramo exige que cesen las intervenciones de carácter antropogénico que lo empujan, lo desplazan o lo exterminan. Requiere la supervivencia de la turba, el encenillo, el guardarocío, el musgo, la danta y el barbudito de páramo. Para ello, es necesario un trabajo conjunto, polimórfico, poliglósico e interespecie; una imbricación de saberes y de disciplinas, en tránsito y queer. Entre ellas, es fundamental reconocer la enorme agencia del arte, que permite entender lo difícil de expresar, lo no dicho, lo imaginable.

Para comprender un *hiperobjeto* —como lo es la posibilidad de la desaparición del ecosistema de páramo en el mundo— se necesita del cuerpo, de la experiencia sensorial, de los afectos y las afectaciones. Para esta tarea las prácticas experimentales y

experienciales son aliados fundamentales pues necesitamos verdaderamente comprender que somos pluralidad, tejido, mutualismo, no individuos luchando por un lucro inmediato en ambientes de corto plazo.

La imaginación ambiental puede abrir el camino hacia otras políticas y otras formas de habitar; puede permitirnos desear estilos de vida distintos, esta vez compatibles con el buen vivir de los otros. Es posible pronunciar otras formas de auto enunciación, desde la cohabitación y la coexistencia y, entre miles de razones, hacerlo para -al fin y al cabo-lograr sobrevivir.

Ana María Lozano